

LOS ORÍGENES CLÁSICOS DE LA DENOMINACIÓN "NUEVO MUNDO" Y LA PRESENTACIÓN COLOMBINA DEL PAISAJE AMERICANO

JESÚS LENS TUERO
Universidad de Granada

Los orígenes, y la intencionalidad misma de la denominación "Nuevo Mundo" para las tierras descubiertas por Colón han provocado muchas perplejidades.

Como es bien sabido, el término no aparece utilizado (pero sí, como veremos, mencionado) en los escritos colombinos, mientras que es empleado en los de Pedro Mártir de Anglería y muchos de sus coetáneos y sucesores, hecho que, a su vez, ha dado pie a diversas interpretaciones. Creemos, pues, que puede merecer la pena un estudio de las denominaciones que Colón emplea para las referidas tierras, y una investigación de sus trasuntos clásicos, y, muy te, de las representaciones mentales que expresan.

En las partes descriptivas de los escritos colombinos las referencias se hacen a algo presente, como algo visto, y la expresión más frecuente es la del verbo "ver" seguido de la mención concreta de árboles, aguas, etc. Si se trata de dar una interpretación o una valoración más general, la mención corriente es la simple de "estas tierras", "aquellas tierras", "esta tierra" o, todavía más simplemente, "aquí". De modo similar los habitantes son mencionados con nombres simples que reflejan una total inmediatez, tales como "muchos de esta gente". asimismo, por supuesto, en plena coherencia con las bien conocidas concepciones geográficas del Almirante, las tierras son "Indias" y sus habitantes "indios".

Pero en otras ocasiones Colón emplea denominaciones de carácter, diríamos, más "teórico". Un factor importante que no se ha de perder de vista en el análisis de esta problemática es el de que el número global de pasajes de tal índole resulta pequeño, lo que introduce un no despreciable elemento de incertidumbre. Se localiza sobre todo, como es natural, en aquellas partes de sus escritos en las que Colón reflexiona sobre el sentido de su actividad. El Almirante, en

un ilustrativo pasaje de este tipo emplea la expresión "otro mundo" ¹ e puesto so el señorío del Rey e de la Reina, Nuestros Señores, otro mundo". Nos habla también de "cielo y mundo que fasta entonçes estaba oculto" ². Haciendo cita

de autoridades bíblicas las nuevas tierras son aludidas como "nuevo cielo y tierra" en el pasaje famosísimo que reza: "Del nuevo cielo y tierra que decía Nuestro Señor por San Juan en el Apocalipsis, después de dicho por boca de Isaías, me hizo mensajero y amostró aquella parte" ³. Aunque no fuese más que por razones estrictamente literarias, merece la pena leer por extenso ambos textos.

Reza así el de Isaías ⁴: "He aquí que yo crearé cielo nuevo y tierra nueva, y no se recordarán ya las cosas antiguas ni vendrán a la imaginación... Pues he aquí que daré a Jerusalén alegría y regocijo a su pueblo... Como la edad de los árboles serán los días de mi pueblo... No se esforzarán en vano ni parirán hijos para terrible ruina... Lobo y cordero a una pastarán y el león comerá paja con el buey, mas la serpiente tendrá polvo por alimento". Y el de San Juan ⁵: "Y vi un nuevo cielo y una nueva tierra, pues el primer cielo y la primera tierra habían desaparecido, y el mar no existe ya y la santa ciudad, la nueva Jerusalén, la vi cómo descendía del cielo..., preparada como desposada que se ha engalanado para su esposo".

Y, como no podía por menos de ocurrir, son citados los famosos versos de la *Medea* de Séneca ⁷: "Vernán los tardos años del mundo ciertos tiempos en los cuales el mar Océano afloxerá los atamentos de las cosas y se abrirá una grande tierra y un nuevo marinero, como aquel que fue guía de Jasón, que ob nombre Típhi, descubrirá nuevo mundo y entonces non será la isla Tille la postrera de las tierras".

Como indicó acertadamente Janni ⁸, con la edad de los descubrimientos geográficos se presentó la obligación de acoger las nuevas experiencias en el cuadro de una nueva visión del mundo, de conquistar también intelectualmente las tierras sobre las que se había puesto el pie.

De ahí que, a nuestro juicio, haya sido un gran acierto de Juan Gil el de plantear el estudio de la expresión "nuevo cielo y tierra" dentro de un intento de determinar los esquemas conceptuales con los que el Almirante afrontó las tierras que había encontrado. Las conclusiones de su trabajo son bien conocidas: que para Colón "el jubiloso anuncio de que se ha cumplido por fin la profecía de Isaías se convierte en todo un manifiesto religioso" ⁹, que "Colón se encuentra en el mundo presente judaico y no en el mundo futuro cristiano" y que si cita a S. Juan es como apoyo en una sociedad en la que era un crimen seguir los preceptos de la Ley Mosaica ¹⁰.

De este modo viene a resultar, para Juan Gil, que "ese barniz de Geografía clásica, la lectura de esos Ptolomeos y Plinios con cuyas citas esmalta sus relaciones, es en realidad muy posterior al estímulo de la Biblia, único libro que explica de verdad el increíble descubrimiento" ¹¹.

En cuanto a la problemática terminológica, concluye Gil ¹²: "De las dos expresiones que Colón usa, una de ellas, 'otro mundo', resulta quizá demasiado ambigua y por lo menos clásica en exceso la otra, 'nueva tierra y nuevo cielo', no puede prosperar por su longitud desmesurada. La solución viene por sí sola, impuesta por su misma sencillez: forjar con los dos términos un híbrido 'nuevo mundo'. No he documentado —continúa Gil— esta vía intermedia en las obras colombinas, pero hay que recordar que el 'nuevo mundo', término al que no puso reparo alguno el pedante Pedro Mártir de Angleria, acabó por entrar hasta en el escudo de armas del almirante". Y concluye también Gil: "en cualquier caso, parece claro que se trata de una acuñación colombina, ya que ninguno de los que la usaron después se puso de acuerdo sobre el significado del término y cada cual propuso una explicación diferente, divergencia pasmosa que no hubiera ocurrido de haber sido su origen diáfano y paladino".

Todo ello representa un importante progreso, pero queda mucho por hacer. En este trabajo nos planteamos realizar un acercamiento no contradictorio con el de Juan Gil, sino simplemente diverso, en la convicción de que ésta es la única manera válida de afrontar una realidad intelectual tan compleja.

No hemos de negar todo su peso a la realidad de que Colón tenía disponible la expresión "nuevo mundo" en el texto de la *Medea* de Séneca y, repetidamente, en la frase "nuevo cielo y tierra" de Isaías y San Juan. La razón básica de que no haya optado por utilizarla puede estribar en algo tan simple como el deseo que Colón tiene de afirmar la exactitud de sus cálculos y sus derechos.

A partir de esta constatación, cabe considerar las posibilidades que ofrece el estudio del empleo que hace Colón de la expresión 'otro mundo' en relación, a su vez, con una consideración de su presentación *formal* de las tierras descubiertas.

El concepto de 'otro mundo' posee una sólida raigambre en la tradición antropológica y etnográfica clásica. La lengua latina dispone, además, de la relativa facilidad que representa el hecho de contar con dos términos bastante nítidamente distintos para expresar "otro entre dos" (*alter*) y "otro entre muchos" (*alius*), mientras que en el caso de la lengua griega, aunque existe la duplicidad de términos, la nitidez de la distinción es mucho menor.

Pues bien, esta tradición cultural greco-latina permite perfectamente entender que, para Colón, el concepto "nuevo mundo" se refiere no ya a un mundo distinto sino a un mundo alternativo, y esta es la argumentación que vamos a desarrollar aquí, precisando que tal mundo alternativo es, concretamente, el paradisiaco.

En ello hay, ante todo, un condicionante real. A Colón, desde una perspectiva estrictamente vital, le interesa exaltar al máximo el valor de las nuevas tierras, dado que alcanzarlas había significado, entre otras cosas, una inversión

que se trataba de recuperar. Por ello hemos subrayado que lo significativo es la presentación formal de esa exaltación.

Tradicionalmente, ha llamado la atención la insistencia y reiteración con las que Colón exalta el paisaje de las tierras descubiertas. Así a Valverde ¹³: "la sensibilidad natural de Colón nos admira ningún conquistador volverá a mostrar tal arrobo" o, ya antes a Esteve Barba ¹⁴: "Ciertamente que Colón nos transmite ya desde el día de su llegada una visión muy fresca e ingenua de aquella isla". Tampoco se ha dejado de constatar que esa sensibilidad para el paisaje va acompañada de una cierta artificiosidad ¹⁵. Pero todo ello, que es correcto, puede y debe ser desarrollado. Por ejemplo, en el conjunto de los escritos conservados, cuando Colón da nombre a un territorio a partir de la configuración de su naturaleza, utiliza en un punto la expresión "Paraíso" ¹⁶ y en otro muy significativo habla de "Jardines" ¹⁷. Por otra parte, quizá no se ha señalado suficientemente que, junto a la reiteración e insistencia con las que Colón exalta el paisaje de las tierras descubiertas, a partir de ciertos pasajes parece deducirse la impresión de una voluntad de no omitir ningún rasgo exaltador, como si se estuviese siguiendo algún modelo. Así, no ha escapado a la perspicacia de Valverde ¹⁸ el texto colombino en el que hay paisaje para todos los sentidos a la vez: "Aquí es unas grandes lagunas, y sobre ellas y a la rueda es un arboledo en maravilla, y aquí y en toda la isla son todos verdes y las yerbas como en el Abril en el Andalucía y el cantar de los paxaritos que parece que el hombre nunca se querría partir de aquí, y las manadas de los papagayos que ascorecen el sol, y aves y paxaritos de tantas maneras y tan diversas de las nuestras que es maravilla. Y después ha árboles de mill maneras y todos dan de su manera fruto, y todos güelen qu'es maravilla, que yo estoy el más penado del mundo de no los cognoscer" ¹⁹.

Ahora bien, si, como hemos propuesto, seguimos profundizando en los aspectos formales, constatamos que es un error tomar en consideración únicamente el paisaje. Hay que introducir en nuestro examen el conjunto de la naturaleza, incluyendo la naturaleza humana, porque así lo hace el Almirante. Se da una profunda interpenetración de la realidad natural y la humana, aunque no se llegue a la afirmación (que ciertamente está implícita y se hará explícita en Las Casas) de que la excelencia de la índole humana es consecuencia de la óptima condición de la naturaleza. Sí está ya en Colón de modo explícito el que ambas excelencias son correlativas.

Desde la perspectiva que creemos haber ganado para la investigación a partir de las observaciones anteriores, podemos plantearnos ya la cuestión de los precedentes clásicos. A este respecto resulta fundamental afirmar con toda claridad que no hay razón para minusvalorar la localización de precedentes clásicos para un término o para un *topos*, pero que lo realmente significativo es ver en

qué medida esquemas conceptuales clásicos sirven de incitación para la configuración de los colombinos.

Como bien ha señalado Janni, "la necesidad de articular el cosmos en un organismo comprensible y sensato no se contenta con atribuir a las partes del mundo una simple diferencia de sitio, exterior y reconducible a relaciones geométricas, es decir, numéricas y cuantitativas es mucho más importante la constitución de una pretendida jerarquía cualitativa. Las valoraciones pueden invertirse, pero el artículo de fe aceptado por todos proclama que entre las diversas partes del mundo existe una diferencia de valor intrínseco" ²⁰.

El propio Janni ha indicado no menos correctamente ²¹ que la geografía "cualitativa" es sólo un aspecto de la cosmografía "cualitativa", pues, según Aristóteles ²², debe de haber un cuerpo que "posee una naturaleza tanto más valiosa cuanto más alejada se encuentre de los de aquí".

Siguiendo el trabajo clásico de Dihle ²³, se constata ²⁴ que "el ejemplo más grandioso y el mejor documentado de contraste cualitativo en la geografía y etnografía clásicas es el de oriente y occidente, contraste en el que se atribuye al oriente una mejor riqueza y fecundidad de todas las cosas. El este es, para los griegos, el punto cardinal de la fecundidad y "este" significa para ellos, en primerísimo lugar, India" ²⁵.

"Lo que se contaba sobre el mundo humano, principalmente sobre el de la India, y del Oriente en general... es que entre el suelo y los hombres que en él viven existe una especie de ligazón implícita que los une en el bien y en el mal: en un marco natural que preserva de modo más o menos completo los caracteres de la mítica edad de oro, pueden vivir sólo poblaciones virtuosas y concordes, ricas en méritos que son también reconducibles sin excepción a un pequeño número de lugares comunes consagrados en un rígido paradigma" ²⁶.

La primera de las transformaciones ideales a las que China habría de someterse en la historia de la cultura europea la encontramos en Amiano Marcelino ²⁷: "estos habitantes del extremo oriente —dice— son pacíficos y esquivos de contactos con otros pueblos exportan la seda, que recogen de los árboles, dado que la naturaleza les es portentosamente benigna y pródiga: no tienen necesidad de importar nada, sino que viven en perfecta autarquía. En su país soplan dulces vientos, de modo que el clima es saludable" ²⁸.

A estas consideraciones, que hoy podemos estimar generalmente aceptadas en el ámbito de los estudios sobre la Antigüedad greco-latina, habría quizá que añadir que Janni no ha puesto énfasis suficiente en lo que dicha caracterización tiene de inversión: no se trata tanto de un mundo oriental como de las tierras opuestas a las del que escribe.

Hay que subrayar, además, que esta representación del "próspero oriente" (para recoger así la feliz precisión terminológica que Janni aplicó a la denomina-

ción "fértil oriente" empleada por Dihle) no es sino una manifestación (ciertamente privilegiada pero no la única) del esquema conceptual clásico que podríamos llamar el del "Paraíso-Utopía-Edad de Oro". Se trata de la presentación de las excelencias de la naturaleza, en correlato con la de los hombres que en ella viven, desde una perspectiva no sólo paisajística sino también antropológica, concebida, al mismo tiempo, como una pervivencia de la primitiva Edad de Oro.

De la fuerza de este esquema conceptual da buena idea el hecho de que en el período helenístico incluso los relatos utópicos de carácter más fantástico hayan sido presentados como historias de viaje ²⁹. Y uno de los rasgos característicos de tales relatos es el del carácter totalmente pacífico del encuentro entre los habitantes de las tierras en cuestión y los que a ellas llegan en el curso del viaje. Así, por ejemplo, en la bien conocida "Utopía" de Yambulo que leemos en el libro II de la *Biblioteca histórica* de Diodoro de Sicilia ³⁰: "Cuando ellos se aproximaban ya a la isla, algunos de los nativos les salieron al encuentro y llevaron el bote a la tierra los habitantes de la isla vinieron a la carrera y se admiraron del arribo de los extranjeros, pero los trataron con benignidad y compartieron con ellos sus recursos". Asimismo, la documentación que sobre la India presenta Plinio ³¹ es atribuida a la información proporcionada por el liberto de un publicano, Anio Plocamo, que fue arrojado a la India por una tempestad y allí acogido amistosamente por los naturales del país ³².

Desde esta perspectiva podemos interpretar una dificultad que Juan Gil ³³ prefiere explicar a partir de los retoques de que *a posteriori* han sido objeto los escritos colombinos: la que supone el hecho de que aquí en modo alguno se detecte la atmósfera de tensión que debió de producirse entre aquellos hombres inexpertos y asustados. Ciertamente el *topos* incluía el carácter amistoso del encuentro, sin olvidar que no ha de extrañarnos que la impresión básica de Colón al llegar a las Indias sea la de alegría de alcanzar el objetivo que se había propuesto.

No vamos ahora a hacer la historia del esquema conceptual que hemos delimitado en la cultura greco-romana. Sí nos permitimos subrayar que, contra lo que pudiera pensarse, no disponemos de una monografía realmente convincente. Desde la perspectiva en que ahora nos situamos, la mención de tal representación conceptual se suele hacer, al igual que en los escritos colombinos, con la inmediatez de algo visto, más aún cuando la ocasión del descubrimiento la proporciona un viaje real o imaginario. Cuando hay mayor precisión, se habla de "otro mundo", "un mundo diferente", en contraposición a "nuestro mundo". Así, por ejemplo, en la *Utopía* de Yambulo que hace un momento mencionábamos leemos: "los habitantes de la isla eran, tanto por sus peculiaridades corporales como por sus costumbres, muy diferentes a los de nuestro mundo". El sentimiento básico que se detecta es el de la conciencia de la alteridad, más que

el de la novedad. La razón de este hecho quizá estriba en que el tipo de representación que venimos estudiando no se plantea el descubrimiento de algo nuevo, sino el encuentro de algo en realidad conocido: el mundo paradisiaco en el que pervive la primigenia Edad de Oro. Cosa muy distinta es, por supuesto, hablar de una transformación básica de nuestro mundo que provoque la restauración en él de la Edad de Oro. Tal concepto, frecuente en la literatura profética, no parece interferirse con la etnográfica (en la medida en que tal problemática está estudiada, porque una investigación a fondo podría deparar sorpresas). De ahí que la expresión "otro mundo" sea tan difícil de documentar en el ámbito que hemos delimitado como objeto de nuestro estudio, y aparezca, en cambio, en un texto como el de la *Medea* de Séneca de marcado color profético.

El grado en que, para la civilización greco-romana, el concepto de "otro mundo" era básicamente expresivo de la alteridad lo muestra bien un texto de Dión Casio, notabilísimo por muchos conceptos ³⁴ en el que la británica Budica argumenta a sus paisanos para que se liberen del dominio romano: "En consecuencia -dice-, aunque habitemos una isla tan grande, o, por mejor decirlo, un continente rodeado por el mar, y aunque poseamos un mundo nuestro propio, y estemos en tan gran medida separados de los restantes hombres por el Océano que se crea de nosotros que habitamos otra tierra y otro cielo, y que, antes, ni siquiera los más sabios de entre ellos conocían con exactitud nuestro nombre, sin embargo hemos sido víctimas del desprecio y la insolencia de hombres que no conocen más que la soberbia".

Es, ante todo, notable el paralelismo de la expresión "otra tierra y otro cielo" con el "nuevo cielo y nueva tierra" bíblicos que citaba Colón. No se trata ahora de averiguar si el texto de Dión Casio pudo haber sido conocido por Colón de modo directo o indirecto. Lo que importa es ver si la representación que de "otra tierra y otro cielo" ofrece el historiador romano nos ilustra sobre la colombina, teniendo siempre presente, por supuesto, la diferencia de las situaciones. La intencionalidad del pasaje de Dión Casio es clara: se trata de subrayar, sobre todo, la alteridad de los británicos respecto a los romanos, y ello se verifica, aparte de mediante el empleo de la expresión "otro cielo y tierra", a través de las palabras "poseemos un mundo nuestro propio". El objetivo de esta proclamación de la alteridad es el de afirmar la independencia, pero, a efectos metodológicos, podemos establecer una cierta diferenciación entre el objetivo último y el uso de las palabras "otro cielo y tierra", y constatar, en el texto de Dión Casio y en el de Colón, el recurso a procedimientos formales similares para expresar representaciones conceptuales semejantes. Desde esta perspectiva el citado texto refuerza, creemos, nuestra idea de que en la expresión na "nuevo cielo y tierra" el adjetivo "nuevo" le viene dado al Almirante por su carácter de doble cita textual bíblica, mientras que el término más propiamente

colombino es el de "otro", de tan rancia prosapia en la tradición del relato etnográfico real o ficticio.

En cuanto a la operatividad de tal esquema en un período posterior, pondremos un único ejemplo que nos es brindado por el brillante trabajo en que Finkenstaedt estudia algunas escenas del *Ricardo II* shakespiriano³⁵ en las que Inglaterra, "nuestro jardín de murallas de agua"³⁶, es caracterizada también como "este otro Edén, este semiparaiso..., este pequeño universo"³⁷. Finkenstaedt trae también a colación³⁸ el prefacio de la *Britannia* de Camden, en el que aparece la misma representación del otro mundo, el mundo de la prosperidad, como "distinto y separado". En un poema de 1601 Inglaterra es llamada "la Nueva Jerusalén"⁴⁰; se trata de un texto de índole bien poco profética y palingenésica, en el que se contiene una exaltación de la naturaleza de Inglaterra.

Ya para terminar queremos formular la hipótesis, un tanto atrevida, de que algunas de las peculiaridades de buena parte de las descripciones colombinas de las nuevas tierras, y, en especial el afán de exhaustividad de varias de ellas, pueden explicarse no sólo como pervivencia literaria de una representación tradicional de la India como paraíso utópico. No hemos de perder de vista, en efecto, que tal representación era también expresada con frecuencia de modo pictórico, y quizá tal tipo de imágenes gráficas contribuyeron de modo decisivo a conformar la visión colombina de las nuevas tierras.

En la Antigüedad greco-latina la descripción de las obras de arte constituyó una forma reconocida de la *ékphrasis*, en contraste con lo que ocurre en la literatura judía⁴¹, hasta el punto de que la mayor presencia en ésta de *Ekphrásaes* a partir del período helenístico constituye una de las muestras más claras de su helenización.

A este respecto no hemos de ignorar el papel que puede haber representado la iconografía medieval, que, como es bien sabido, hunde sus raíces profundamente en la greco-romana⁴².

El mundo encontrado es, pues, básicamente, otro y no nuevo para Colón. Otro sí, rico, próspero y feliz, del que el Almirante esperaba obtener no sólo satisfacción sino también beneficio. Pero no nuevo, porque Colón, en las Antillas, reconoció con plena convicción la imagen de la India que desde la Antigüedad greco-latina se había configurado como tópica en una rica tradición no sólo literaria sino también icónica.

NOTAS

1. *Textos y documentos completos*. Prólogo y notas de Consuelo VARELA, Madrid, 1982, pág. 24.
2. *Ibidem*, pág. 224.
3. *Ibidem*, pág. 243.
4. Versículo 65, 15 ss.
5. 21, 1 ss.
6. Cf. pág. 262, VARELA.
7. Vv. 375-379.
8. P. JANNI, "Il mondo delle qualità. Appunti per un capitolo di storia del pensiero geografico", *Aion*, 33 (1973), págs. 445-500 y 35 (1975), págs. 154-178.
9. *Mitos y utopías del Descubrimiento, I. Colón y su tiempo*, Madrid, 1989, págs. 204-205.
10. *Ibidem*, pág. 203.
11. *Ibidem*, pág. 205.
12. *Ibidem*.
13. *Historia de la literatura universal, IV. La Literatura de Hispanoamérica*, Barcelona, 1974, pág. 13.
14. *Historiografía indiana*, Madrid, 1964, pág. 13.
15. Cf. GIL, *op. cit.*, pág. 25.
16. "Puso nombre al valle Valle del Paraíso, y al río Guadalquivir", pág. 82, VARELA.
17. "Llamé allí a este lugar Jardines porque así conforman por el nombre", pág. 212 s., VARELA.
18. *Op. cit.*, pág. 13.
19. P. 41, VARELA.
20. Cf. JANNI, *op. cit.*, pág. 463.
21. *Ibidem*, n° 37.
22. *De Coelo I* 2, 269 b.
23. A. DHILE, "Der fruchtbare Osten", *RhM* 105 (1962), Págs. 97-110.
24. Cf. JANNI, *op. cit.*, pag. 465.
25. Cf. *ibidem*, pág. 467. Rasgos del "país de jauja" en la configuración de la naturaleza de la India había observado ya E. ROHEDE, *Der griechische Roman*, Leipzig, 1914³, pág. 210 JANNI, pág. 24 nu. 49.
26. JANNI, pág. 24.
27. XXIII.6.67 Janni, págs. 470 s.
28. Taprobane es descrita por Plinio, *Nat. hist.* VI.89 s. con los rasgos habituales de felicidad ideal no es que falten del todo nuestros vicios, pero por lo menos están ausentes muchas lacras ANNI, pág. 469.
29. Cf. G.J. D. AALDERS, *Political thought in hellenistic times*, Amsterdam, 1975, págs. 64 s.
30. D. S. II 56.1.
31. Plin., *HN* VI.89 ss.
32. Cf. JANNI, pág. 469.
33. *Op. cit.*, pág. 24.
34. LXII.4.2.
35. "Der Garten des Königs (Shakespeare, Richard II. III. IV.)", en *Wandlungen des paradiseschen und utopischen. Studien zum Bild eines Ideals*, Berlin 1966.
36. III.IV.43: "Our sea-walled garden" (traducción de Astrana Marín).
37. II.I.42: "This other Eden, demi-paradise". 45: "This little world" (Traducción de Astrana Marín).
38. *Op. cit.*, pág. 200 y n° 52.
39. "The plentiful abundance, these goodly pleasures of Britain, have persuaded some, that those fortunate Islands, Whwrein all things, as Poets elite, do still flourish as in a perpetual Spring tide, were sometime here with us. For Nature took a pleasure in the framing thereof, and seemthe to

have made it a second world, sequestered from the other, to delight mankind withal, and curiously depicted it or purposed as it were a curious portrait, to represent a singular beauty, and for the ornament of the universal world: with so gallant and glittering variety, with so pleasant a show are the beholders' eyes delighted, which way soever they glance".

40. Y descrita: "Thy gardens and thy gallant walks / continually are green..." Cf. Finkenstaedt, *op. cit.*, pág. 200.

41. Cf. para esto y para todo lo que sigue G. DOWNEY, s.u. 'Ekphrasis', en *RAC*, Stuttgart, 1959, cols. 921 ss.

42. Cf. alguna bibliografía sobre las representaciones del "Paradisus Terrestris" en H. SCHADE, "Das Paradies und die Imago Dei", en *Wandlungen des paradiesischen und utopischen*, págs. 79 ss.